

El frente único del proletariado

¡Qué pena da leer los órganos periódicos de la clase obrera española! Mientras se está hablando del frente único del proletariado, dedícanse socialistas, nocomunistas, sindicalistas y anarquistas a combatirse unos a otros. Cuando no a insultarse. Y a cada paso aparece el característico dogmatismo sectario español y la educación de catecismo. La educación adquirida en la cartilla dogmática, por preguntas y respuestas, donde no cabe ni duda, ni maliz, ni media tinta, ni transición.

Hace poco leíamos en EL SOCIALISTA un artículo de Francisco Largo Caballero, titulado «Frente único? ¿Con quién?» El artículo era, como de Largo Caballero, una obra razonada, tranquila, sobria, clara. Largo Caballero se da clara cuenta de que la unidad de frente no es posible cuando no hay unidad, ya que no de doctrina general, de sentimiento común, y cuando un partido no piensa sino en absorber a los otros. Porque esto de la absorción ha sido la manía del sindicalismo doctrinario a base anarquista y apolítica. ¡Aunque ahora empiecen algunos de sus fieles a hacer cabriolas y contorsiones ideológicas para establecer una política... apolítica! Ahora han descubierto que hay que ser liberal ante todo.

En el artículo de Largo Caballero hemos encontrado un texto que no tiene desperdicio. Es la contestación que la Confederación Nacional del Trabajo de España da a unos nocomunistas que piden ahora el frente único. Les dice:

«La Confederación Nacional del Trabajo de España cree tener los suficientes indicios para suponer que en el fondo de esa enarecida necesidad de constituir el frente único revolucionario hay otra cuestión, estrechamente relacionada con la próxima Conferencia de Ginebra, a la que irán los hombres representativos del Estado comunista de Rusia a pactar con el capitalismo mundial. Nosotros no queremos juzgar la conducta que hayan de seguir esos hombres que se denominan gestores de la Revolución social. Solamente queremos decir que la Confederación Nacional del Trabajo de España no servirá de comparsa en las maniobras de aquellos elementos, que pueden representar a un pueblo, pero que no pueden atribuirse la representación del proletariado.

Por esto, puede sobreentenderse que la Confederación Nacional del Trabajo de España rechaza la idea del frente único y todo pacto con los elementos contrarrevolucionarios y amarillos.»

¡Amarillos! ¡Ya salió aquéllo! Ya salió el anatema. Ya salió el «chiboloteo». (El que quiera saber mejor lo que sea esto del «chiboloteo» lea en el tomo segundo de nuestros «Ensayos» el titulado «La revolución repasé el capítulo XII del libro de los

Jueces, en la Biblia.) Se lanza el mote, se le dice a uno «chiboloteo» y ya se cree que está resuelto todo. Ahora que si se les pidiese una explicación clara de eso de elementos contrarrevolucionarios y amarillos, no sabrían darla. La cosa es inventar mofas.

En el Congreso que en el teatro de la Comedia, de Madrid, celebró la Confederación Nacional del Trabajo, tomó el acuerdo de «absorber» a los elementos que integran la Unión General de Trabajadores, y terminaba con este párrafo:

«Además, los que proponen, recabam del Congreso se redacte un manifiesto, dirigido a todos los trabajadores de España, concediéndoles un plazo de tres meses para su ingreso en la Confederación Nacional del Trabajo, declarando amarillos a los que no lo hagan.»

¿Y era eso un Congreso de proletarios? No; eso más parece un Concilio de monjes teólogos. Se da a los relapsos y herejes un plazo de tres meses para que se conviertan, y si en ese plazo no se convierten, se les discomulga, declarándoles amarillos. «Anathema sit!»

«Frente único? ¿Con quién?» Así se pregunta Largo Caballero. Y podía haberse preguntado: «¿Para qué?» Como el ¿con quién? depende del ¿para qué? ¿Para organizar, o mejor, tramar, sin organización alguna, huelgas puramente revolucionarias, cuyo fin sea mantener en un estado de agitación al país, y aunque de ellas no se haya de sacar otro resultado? Sí; el de debilitar al proletariado. Y el que no secunde esas huelgas desorganizadas y desorganizadoras..., ¡amarillo!

Hay un puro revolucionarismo; una manía de revolución por la revolución misma; un formalismo revolucionario, que en el fondo se reduce a palabrería. Y a ese puro revolucionarismo formal son muy dados los que podríamos llamar autoanarquistas; aquellos que llevan en su mente una anarquía intelectual, los que no tienen unificado su propio pensamiento; aquellos a quienes sus pocas y simplísimas ideas se les desmandan a cada momento. La indigencia ideológica de estos autoanarquistas pone espanto.

Ultimamente, la clase obrera española se dividió por si habían o no de aceptar las condiciones que Lenin ponía para el ingreso en la Tercera Internacional. Y mirando a lo que había de pasar en Rusia, apartaron su vista de lo que está pasando en España. En la fiebre del internacionalismo perdían toda sensación de los males de nuestra nacionalidad. Y en estos condicionados, ¿frente único? ¿Para qué? ¿Para ir a pactar a Rusia?

Todo lo cual trasciende a bizantinismo de decadencia.

